

Comentario editorial

Adolescencia y vínculos

*Dra. Silvia Di Segni Obiols**

Hace cuarenta años existía consenso en la psicología respecto de lo que se entendía por adolescente y se incluía en su definición la forma de vincularse. Se hablaba de alguien que no había superado los veintitrés años, que sufría pérdidas, elaboraba duelos y sentía grandes angustias en el proceso de estructuración de su identidad y de la obtención de su autonomía. Para lograrlo, se apoyaba, no ya en sus padres, de quienes necesitaba desvincularse, sino en un grupo de pares que actuaba como una suerte de "yo auxiliar" hasta que la etapa terminara. Mientras tanto, los adultos eran el modelo con el cual identificarse; convertirse en uno de ellos, el objetivo. Hoy la situación es muy diferente. La adolescencia se ha extendido casi indefinidamente, las pérdidas y angustias aún existen pero enmascaradas bajo un disfraz de "fiesta", la autonomía se ha vuelto cada vez más difícil, los adultos perdimos el lugar de modelo social y caímos en el desprestigio de ser identificados con lo viejo.

Además, todos los jóvenes, sea cual sea su situación socioeconómica, se ven influidos por aquella cultura adolescente que nació en los años '50 con el rock y se consagró en los '60. La adolescencia se diferenció en el siglo XVII como un período de moratoria destinado a la formación personal que los sectores medios urbanos otorgaban a sus hijos mientras que, actualmente, independizada de todo objetivo formativo, es un modo de vida que se desarrolla sobre todo en la noche, a contramano del mundo del estudio y del trabajo. Hoy en día, muchos jóvenes intentan, maratónicamente, participar de ambas culturas, pasando casi sin descanso del boliche a la escuela o al trabajo. Otros viven marginalmente y descubren que el robo o el tráfico de drogas les abren puertas a un nivel de consumo que no confían en obtener por el trabajo y que se valora en

la noche por sobre todo. Algunos optan por apostar sus vidas, a veces con mucho esfuerzo, a la lotería adolescente que otorga premios a unos pocos en la apuesta de llegar a ser futbolistas estrellas, supermodelos o participantes de un "reality show". Todos conviven en la noche.

Es en este marco donde se deben analizar a los adolescentes y sus vínculos desde dos perspectivas: cómo se vinculan con nosotros, los adultos, y cómo lo hacen entre ellos. Los vínculos con nosotros dependen de cómo hayamos respondido a los cambios ocurridos, ya que nuestra respuesta no ha sido homogénea.

Algunos adultos se oponen a la cultura adolescente despreciando todo o mucho de lo que hay en ella, dejando de lado los riquísimos aportes que ha hecho. En este grupo hay quienes hacen concesiones a los cambios sin renunciar a sus principios y logran buenos resultados en la relación con sus hijos; los que se niegan a hacerlo terminan atrincherados en posiciones demasiado rígidas que sólo logran sostener con violencia.

Otros adultos se ubican en el extremo opuesto, planteando a sus hijos un vínculo simétrico, de "compinchismo" adolescente. Cuando no se olvidan de que siguen teniendo responsabilidades y mantienen cierta distancia mínima, logran buenos resultados; cuando compiten con ellos, dejan a sus hijos huérfanos.

Finalmente, otro grupo de adultos se muestra siempre inseguro sobre qué hacer con sus hijos, dudan, no son continentales. Cuando aprovechan sus dudas para corregir errores, logran buenos resultados; cuando se paralizan, generan violencia de sus hijos hacia ellos. Pediatras y profesionales del ámbito de la psicología sabemos que nos toca mediar a menudo en estas situaciones para atemperarlas, para explicar a padres desprovistos o simplemente desinformados cómo convi-

*Ver artículo
relacionado en
la página 433*

* Departamento de Salud Mental y de Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, UBA. Colegio Nacional de Buenos Aires.

vir y sobrevivir en estas condiciones tan diferentes a las que les tocaron, y nos tocaron, en la propia adolescencia.

Si estos cambios, que son comunes a buena parte del mundo actual, no fueran suficientes, es necesario agregar el efecto que tiene la crisis económica nacional. Nos toca hoy ser testigos de situaciones durísimas. Adultos que se sienten descalificados por no ser ya jóvenes y por haber perdido la posibilidad de sustentar económicamente a sus familias; adultos que estimularon el consumismo de sus hijos y cuando ya no pueden sostenerlo no reciben comprensión sino desprecio; adultos que ven que sus hijos se marginalizan porque la exigencia de tener, no lo indispensable, sino lo que la publicidad les vende como propio de una juventud dorada presiona, mientras el esfuerzo que ellos hicieron en años de trabajo no es valorado.

Analicemos ahora los vínculos de los adolescentes entre sí. Los cambios culturales aportaron por lo menos dos novedades a lo que ocurría en la primera mitad del siglo XX: por un lado, la incorporación de las mujeres a los grupos de jóvenes en igualdad de condiciones; por otro, la descalificación de los adultos ubicándolos en el lugar de "viejos" que tienen poco o nada para aportar. Estos dos ingredientes tienden a consolidar el grupo de pares como el único de pertenencia. Aunque los chicos sigan admirando aspectos de sus padres, se acercan sin que sus compañeros los vean a algunos docentes y aprovechen la privacidad del consultorio para buscar la ayuda del pediatra, el clima que los rodea apunta a consolidar, sobre todo, los vínculos entre pares. También es cierto que éstos son los únicos que en muchos casos dan cierto calor de hogar a chicos que, sin ser huérfanos y tampoco de muy bajos recursos, pasan la mayor parte del tiempo solos. La esquina o la plaza reemplazan para muchos a la casa donde debían poder encontrarse con adultos para compartir comidas y charlas; la cerveza o el cartón de vino aparecen en vez de la infusión para darse calor y compartir. Los pares son los que están cuando alguno se pasa de alcohol u otras drogas y hay que llevarlo a rastras; los que comparten monedas para comprar algo; los que entienden cuando se habla sólo en un dialecto y con una modulación de las palabras ajena a la mayor parte de los adultos.

Los jóvenes que sólo se integran a la cultura adolescente terminan siendo casi extranjeros en las aulas de sus colegios o en las entrevistas laborales, totalmente ajenos a los códigos del "mundo adulto", mientras que los que se manejan dentro de ambas culturas, estableciendo vínculos con adultos y con sus pares, logran una síntesis productiva. Esto es posible cuando sus padres no han renunciado a su papel de tales, tanto en la presencia afectiva como en la puesta de límites; cuando les han transmitido su amor a otros valores, a otros aspectos de la cultura, su respeto a otras ideas, no sólo en palabras sino a través de actitudes.

Ya en el siglo XXI las experiencias vividas deben sernos útiles para repensar nuestros vínculos con los jóvenes. Debido a que siguen naciendo como bebés y suelen ser criados por adultos, aún somos nosotros los responsables de sus vínculos más importantes. La identificación e idealización que generamos siguen siendo activas y cruciales en su desarrollo. Se explicita o no, sus padres, sus pediatras y sus docentes seguimos siendo figuras de identificación. La comunicación que establezcamos será decisiva a futuro. El afecto y respeto mutuos que desarrollemos no prescribe. Cuando la cultura que los rodea comience a hacer su efecto no podremos pelear contra ella como un enemigo porque tiene mucho de positivo que no puede atacarse por principio y, además, porque sería una lucha estéril. Tendrá sentido, entonces, que no renunciemos a los valores culturales que nosotros hemos absorbido y los sigamos transmitiendo, tendrá sentido que rescatemos valores y los pongamos en juego en nuestras actitudes; será imprescindible que encontremos una distancia que no sea tanta que impida la convivencia ni tan poca que se transforme en competencia. Llamativamente, los jóvenes siguen reclamando alguna asimetría en los vínculos con nosotros. Si bien no se trata de la rigidez de comienzos del siglo XX, sí se trata de esperar que los adultos cumplamos un rol de tales, que asumamos nuestras responsabilidades creando un ambiente mínimamente estable que les permita a ellos buscarse a sí mismos, que seamos capaces de hacernos cargo de nosotros mismos tanto como de ellos y de estar allí cuando nos necesiten, si no con verdades absolutas, por lo menos con ganas

de prestar oídos y ayudar.

Los profesionales que todos los días nos enfrentamos con estos problemas desde la pediatría, la docencia o el campo de la psicología, no estamos afuera de los mismos conflictos sobre los que se nos pide ayuda. Sufriremos las mismas crisis, tanto en nuestro rol de adultos como desde nuestro lugar de argentinos. Contamos para enfrentarlas con un capital de conocimientos sobre nosotros y

sobre el mundo adolescente que no podemos subestimar en la búsqueda de soluciones y debemos contar, sobre todo, con la posibilidad de generar acuerdos que nos permitan actuar de manera conjunta. La tan mentada continencia de niños y jóvenes pasa, esencialmente, por la coherencia de los adultos que tienen a su alrededor. Para eso también es necesario que afiancemos los vínculos entre nosotros. Pero ése ya es otro tema. ■

El primer amor

*Lo que sentí, fue como un rayo en mi interior,
que me sorprende el corazón,
todo se rompe, todo estalla,
y algo acaba de morir.*

*Para sentir otra manera de ser feliz,
otra de manera de sufrir,
otra manera de vivir
lo que hasta ayer era reír.*

*Qué pasará, a dónde irán mis juegos a parar
y mi inocencia a terminar,
qué nuevo amor será,
qué tal si me querrá,
qué voy a hacer si dice no,
ya yo no mando al corazón,
qué confusión, qué dicha, qué dolor.*

*Siento al mirar que todo acaba de cambiar,
y veo las cosas para amar,
adiós infancia, ojalá que te recuerde
en mi vejez, con amor.*

PABLO MILANÉS 1988